

Roberto González  
Echevarría

*Visita a Manuel Chino  
Hidalgo*

Anticipaba encontrarme a un hombre menudo y bajito, influido por los estereotipos que tenemos de los asiáticos, y por los recuerdos que tenía del minúsculo Raúl Chino Atán, el *umpire* de la Liga Cubana que tantas veces vi en mi niñez y adolescencia. Pero me encontré a un individuo erecto, recio, de buena talla y estructura ósea, sin grasa en el cuerpo, que todavía guardaba el aspecto del atleta profesional que fue por tantos años. Él y su familia me recibieron con amabilidad en su modesta casa de Miami, donde habían residido por muchas décadas. Andaba yo por esa ciudad en plan de conferencia y decidí hacerle una visita al antiguo *campocorto* de mis Leones del Habana, para entrevistarle sobre sus años de pelotero en Cuba y el extranjero. Ya hacía cuatro años que había salido mi *The Pride of Havana: A History of Cuban Baseball*, pero el hábito que adquirí cuando lo escribía de hablar con antiguos peloteros cuando se daba la oportunidad no se me había quitado, así que indagué si todavía estaba vivo y cuál era su dirección y, luego de una prudente llamada anunciándome, me aparecí en su casa.<sup>1</sup> Era el 3 de agosto de 2003, y Manuel Chino Hidalgo contaba con ochenta y nueve años de edad. Moriría siete años más tarde, en Miami, el 15 de enero de 2010, a los noventa y seis.

<sup>1</sup> Oxford University Press, Nueva York, 1999. Hay versión en español, *La gloria de Cuba: historia del béisbol en la isla*, Colibrí, Madrid, 2004.

El *Chino* Hidalgo tuvo sus mejores temporadas con el Habana entre 1947 y 1952, cuando yo me hice habanista, entre mis cuatro y nueve años. ¿Cómo me hice habanista desde Sagua la Grande? La primera razón es que mi padre era habanista, pero lo curioso es que el suyo, mi abuelo Oscar González, era almendarista. De todos modos, el que mi padre fuera habanista tiene que haber influido, pero el factor principal me parece que fue la radio. Recuerdo la voz de Manolo de la Reguera narrando los juegos desde el Gran Estadio de La Habana, con el sonido del público en el fondo acentuando el dramatismo de las jugadas. Me acuerdo desde luego del Chino, pero sobre todo de Pedro, *Perico* o *Perucho*, Formental, que se convirtió en mi jugador preferido. Era un bateador zurdo poderoso y oportuno, con una personalidad revoltosa y un bigote fino que vi en las fotografías de los periódicos, y cuando empezó, en la televisión. Nadie usaba barba ni bigote entonces en la pelota. Formental era gallero, batistiano, supe mucho más tarde, y como el Chino, de Oriente. El Chino era un fildeador excelente, conocido por ser el mejor en sacar *outs* sobre roletazos lentos y machucones, que bateaba lo suficiente para ser regular en un equipo que contaba con estrellas de las Ligas Independientes de Color en Estados Unidos, algunas que llegaron a las Grandes Ligas, lo mejor entre los peloteros cubanos, y no pocos americanos blancos de las más altas Ligas Menores camino a las Mayores. Todo esto era irresistible para mí, y los nombres en inglés, idioma que no conocía entonces, me sonaban melódicos, agradables, repetibles en la medida de mis posibilidades. Todos estos peloteros habitaban un mundo encantado que yo imaginaba fabuloso, porque nunca había estado en el Gran Estadio.

Pero fue por esos años, calculo que en 1950 o 1951, que mi padre me llevó al Estadio de La Habana. Él había estado muchas veces, inclusive para el juego decisivo de la temporada 1946-1947, cuando Hal Lanier, el gran zurdo del Almendares, venció al Habana, con un día de descanso, frente a una multitud que se desbordaba sobre el terreno. Este sería el comienzo de mi libro sobre la historia de la pelota cubana. Yo subí de su mano, por el lado de primera, creo que a las gradas porque la altura me hizo ver a los peloteros como si fueran juguetes sobre un terreno tan perfecto que parecía una maqueta. Era un juego nocturno, cosa que nunca había visto yo en Sagua, lo cual au-

mentó la sensación de irrealidad. Le pregunté a mi padre qué hacían aquellos peloteritos allá abajo. Él se rió, por supuesto, y empezó a indicarme quién era quién en el Habana, que sin duda estaba al terreno, no sé si practicando o ya en pleno juego. Uno de esos jugadores tiene que haber sido el *Chino* Hidalgo, que en este diáfano día miamense, cincuenta y dos años más tarde, me hace entrar a su casa, y nos sentamos alrededor de la mesa del comedor, con mi precaria grabadora encendida. El ruido típico de una familia cubana hizo la grabación casi inservible, por lo que he tenido que valerme de la memoria tanto como de ella.

Empiezo por preguntarle dónde y cuándo había nacido. Me contesta que en Banes, antigua provincia de Oriente, el 30 de noviembre de 1914. En todos los documentos que he consultado, inclusive el obituario de *El Nuevo Herald*, que da 1918, la fecha fluctúa entre ese año y 1926. Quitarse años era una práctica común en la pelota profesional, como lo es en el cine, el teatro, el baile y cualquier otra ocupación en que el vigor del cuerpo es fundamental y determina la cotización del individuo. En pelota profesional el caso más notorio fue el de Satchel Paige, cuya fecha de nacimiento fue un misterio por muchos años. En nuestra pelota fue Conrado Marrero quien hizo de su cumpleaños algo discutible y discutido a lo largo de su larga carrera. Cuando lo entrevisté para mi libro y le hice la misma pregunta con que abrí mi conversación con el Chino, El Premier (a quien yo conocía desde mi niñez en nuestra patria chica de Sagua), dudó un momento y por fin me dio el año verídico, 1911. Claro, que Hidalgo haya nacido en 1914 es revelador porque significa que llegó algo tarde tanto a los *amateurs* como a los profesionales. Cuando yo lo vi jugar alrededor de 1951 tenía ya treinta y seis o treinta y siete años de edad. El Chino tuvo su mejor rendimiento en la pelota pasados ya sus treinta. Conocer su verdadero año de nacimiento me va a permitir balizar más cabalmente el desenvolvimiento de su carrera.

La misma sensación que tuve al ver al Chino a sus ochenta y nueve años sin duda la tuvieron otros que lo firmaron para sus clubes en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Lampiño, con sus finas facciones asiáticas, ausencia de arrugas o canas, esbeltez y contagiosa sonrisa, Hidalgo siempre tiene que haber podido pasar por diez años menos de los que tenía. En la entrevista me dijo que su peso cuando jugador eran 156 libras

— medía 5' 8" — y el día que lo vi no me pareció que pesara mucho más que eso.

Le pregunté si en su familia se hablaba el chino y me dijo que no, que él era chino por parte de padre y de madre, pero que chino hablarían sus abuelos. Su padre había sido zapatero, y de niño él aprendió algo del oficio, pero lo que más le gustaba era la pelota. Cuando se mudaron para Bayamo jugaba con los muchachos, y el que se ocupaba del equipo local, que lo vio, le preguntó que si se atrevía a jugar con los grandes. Dijo que sí y metió un jonrón en el primer juego. El equipo creo que se llamaba La Lechera. Jugaban contra otros del área, en Santiago y Palma Soriano. Les daban la comida. Por el nombre, supongo que se trataba de una lechería que patrocinaba el equipo. No tenían uniformes. En esas estaba cuando pasó por Bayamo un allegado del club Fortuna, entre los mejores y más afamados de la Unión Atlética Amateur de Cuba, que le habló a los dirigentes del equipo del joven torpedero que había visto en Oriente. Llamaron al Chino, que se fue a La Habana, donde permanecería, con viajes al extranjero para jugar en ligas profesionales norteamericanas, mexicanas, panameñas, venezolanas y dominicanas, hasta fines de los años cincuenta, cuando se radicó en Miami. Porque el Fortuna firmó inmediatamente al muchacho oriental.

Yo calculo que esto ocurrió a mediados de los años treinta, porque Hidalgo figura en el Fortuna campeón de 1936.<sup>2</sup> Tenía el Chino ya veintidós años. Ese Fortuna de 1936 contaba con peloteros de la talla de Agapito Mayor, Daniel Parra, Juan Ealo y Segundo *Guajiro* Rodríguez, y el mánager era Reinaldo Cordeiro, que tuvo una carrera ilustre como director en los *amateurs* y los profesionales. El lanzador zurdo Agapito Mayor fue estrella en ambos tipos de béisbol. El club jugó en una liga que incluía poderosos equipos como el Hershey Sports Club, el Vedado Tennis Club, el Liceo de Regla, el Teléfonos, el Cubaneleco (Cuban Electric Company), el Atlético de Santiago de las Vegas, el Deportivo Matanzas, el Círculo de Artesanos y el Yara. El Chino me dijo que vivía en el recinto del Fortuna, donde le daban las tres comidas diarias, pero yo supongo que tendría algún trabajo u otra actividad porque la temporada oficial constó

<sup>2</sup> Marino Martínez Peraza: *Por amor a la pelota: historia del béisbol amateur cubano*, Ediciones Universal, Miami, 2009, p. 29.

de veintiún juegos — se jugaba sólo los domingos. ¿Qué haría el oriental en La Habana con tanto tiempo en sus manos? No me lo dijo. En 1937 el Fortuna volvió a ganar, ahora guiado por Mayor, que tuvo una gran temporada, pero en años subsiguientes se impuso el Hershey, un gran equipo que representaba un club de la localidad de ese nombre; los equipos no podían representar firmas comerciales, pero este, en realidad, pertenecía al ingenio azucarero Hershey, de la famosa compañía chocolatera. La segunda mitad de los treinta fue el período culminante del *amateurismo* en Cuba. Muchos fanáticos preferían a los *amateurs* por sobre los profesionales, y no pocos peloteros, como el legendario campocorto del Hershey, Quilla Valdés, nunca saltaron al profesionalismo. Se pensaba, no sin razón, que algunos de los conjuntos *amateurs* eran mejores que los profesionales.

Pienso, pero no tengo corroboración documental, que Manuel Hidalgo jugó en el Fortuna hasta 1940. Esa etapa de su vida beisbolera culminó con su participación en la Serie Mundial Amateur, que se jugó en La Habana ese año, y que Cuba ganó. La participación del Chino en los *amateurs* merece un comentario. Las ligas *amateurs* de Cuba practicaban el *apartheid*: no podían jugar peloteros de color — estos jugaban en la llamada *semipro*, en las ligas de los centrales azucareros, en las de las rutas de ómnibus, en las militares y, por supuesto, en los profesionales. Esta nefanda práctica perduró hasta 1959. Los *amateurs* podían restringir la participación a blancos porque los equipos estaban constituidos como clubs privados a los que se les permitía con todo derecho imponer sus propias reglas en cuestiones internas, como la composición de la membresía. No había en Cuba discriminación racial en las instituciones públicas. Yo me pregunto cómo el equipo Universidad, uno de los más poderosos de los *amateurs*, podía ceñirse a esa política, cuando no había discriminación racial en la Universidad de La Habana. Me temo que debe haber sido porque el equipo de pelota representaba a un club, no a la Universidad (un subterfugio).

Las ligas *amateurs* nutrieron a los profesionales, desde las Grandes Ligas hasta la Liga Cubana, con peloteros blancos, la mayoría de origen humilde y campesino, como en los casos de Conrado Marrero, Sandalio Consuegra y Julio Moreno. Negros, inclusive *mánagers*, había en la liga profesional cubana desde 1900 (Ver *The Pride of Havana*). Pero, como en las Grandes Li-

gas, a juzgar por la participación del *Chino* Hidalgo en el Fortuna, y otros individuos de origen chino en otros clubes, la discriminación se limitaba a peloteros negros, aunque algunos mulatos muy claros, como Tomás de la Cruz y Roberto Estalella, lograron «pasar» y jugar *amateur*. Hidalgo me aseguró que ni en Cuba, ni en ninguna otra parte, incluidos los Estados Unidos, sufrió discriminación alguna, ni se acordaba de ningún incidente provocado por el racismo. Sí recuerda que en un hotel de Estados Unidos no querían alojar a *Camaleón* García, el destacado pelotero venezolano, pero que lograron convencer a los encargados alegando que García era «un indio venezolano». García era mulato, y no muy claro, por cierto. El Chino se reía al contar la anécdota.

La selección de Manuel Hidalgo como torpedero del equipo que representó a Cuba en la Tercera Serie Mundial Amateur, celebrada en La Habana entre el 14 de septiembre y el 6 de octubre de 1940, fue una gran hazaña. Cuba siempre ha dado grandes *shortstops*, desde Anguila Bustamante y Pelayo Chacón, hasta Willy Miranda y Germán Mesa, y en 1940 el Hershey contaba con *Quilla* Valdés, a quien muchos consideran el mejor de la historia. No manejo información suficiente para especular cómo sucedió esto. Napoleón Reyes también era campocorto, y figuraba en el equipo con Hidalgo. Pero el Chino fue el regular, bateando 12 *hits* en 38 veces al bate, para un saludable promedio de 316.<sup>3</sup> Supongo, pero no puedo estar seguro, que esta fue la primera vez que Hidalgo se enfrentó a peloteros de otras naciones. La Serie contaba con representaciones, además de la de Cuba, de Estados Unidos, Hawái, México, Nicaragua, Puerto Rico y Venezuela. Cuba ganó con diez victorias y dos derrotas, contando con el picheo estelar de Marrero, que ganó tres y perdió dos, con un inverosímil promedio de carreras limpias de 1,15. El Cuba era un trabuco sacado de los *amateurs* y dos morenos de las fuerzas armadas, el receptor Carlos Colás, del Regimiento 4, y el tercera base Pedro *Charolito* Orta, de la Marina de Guerra. Nicaragua y Estados Unidos también llevaron conjuntos muy fuertes, que terminaron con nueve victorias y tres derrotas. Cuando concluyó la Serie, el 6 de octubre de 1940, Hidalgo contaba veintiséis años de edad y estaba a punto de ingresar en los profesionales.

<sup>3</sup> Martínez Peraza, p. 191.

El Chino me contó que Miguel Ángel González lo llamó desde Santa Clara para que se uniera a los Rojos del Habana. ¿Por qué desde Santa Clara, le pregunté? Porque allí estaba jugando el Habana. Esto tiene que haber sido a principios, enero o febrero, de 1941. 1940-1941 fue la última temporada del Santa Clara en la Liga Cubana. Allí se desplazó Hidalgo a comenzar su carrera profesional, pero se fue de 7-0, con 1 carrera anotada. Avezado *scout* con décadas de experiencia en Cuba y las Grandes Ligas, González tiene que haber notado la gran habilidad defensiva de Hidalgo, y un buen *shortstop* defensivo es fundamental, la ofensiva del Habana era fuerte y el elenco de lanzadores contaba con Gilberto Torres, Luis Tiant, Martín Dihigo, Rodolfo Fernández y Tomás de la Cruz. Los Leones ganaron el campeonato, si bien su nuevo recluta contribuyó poco y tarde al triunfo. Pero se había mojado los pies.

Pasan tres temporadas de la Liga Cubana que preludian los mejores años del Chino Hidalgo en la pelota profesional. Pero son temporadas un poco nebulosas, porque no jugó en la de 1941-1942, y luego inició la de 1942-1943 con el Cienfuegos, pero pasó al Almendares. Fue 100 veces al bate, pero terminó con un bajo promedio de 130. La siguiente, 1943-1944, la jugó completa con el Almendares y fue al bate 99 veces, terminando con un buen resultado de 293. Esta temporada marca el principio de la parte más sólida de la actuación del Chino en la Liga Cubana, porque durante las próximas dos va a promediar, del 1944 al 1946, ya con el Habana, 264 y 288. Pero hay dos incógnitas: ¿Dónde jugó Hidalgo la temporada invernal de 1941 a 1942?, y ¿dónde jugó durante los veranos? Porque el Chino no firmó contrato en los Estados Unidos hasta 1945. Me dijo que había jugado en Yucatán, pero la información en la red indica que lo hizo en 1954, hacia el final de su carrera, y no en la Liga Mexicana, porque no figura en la recopilación *The Mexican League/La Liga Mexicana*.<sup>4</sup> Integró además el Balboa, en la Liga de Panamá, pero supongo que fue en los cincuenta. Me contó asimismo que había jugado con el Licey, conocido conjunto de la Liga Dominicana, me temo que también por esos años. Asimismo jugó en Venezuela, pero en el invierno de 1952 a 1953,

<sup>4</sup> Pedro Treto Cisneros: *The Mexican League/La Liga Mexicana: estadísticas comprensivas de los jugadores de 1937-2001*. McFarland and Co., Jefferson, North Carolina, 2002.

según *La enciclopedia del béisbol en Venezuela*, donde militó en el equipo Venezuela, dirigido por su antiguo mánager del Fortuna, Reinaldo Cordeiro.<sup>5</sup> Pero esto fue en las postrimerías de su carrera. En 1954 Hidalgo ya tenía cuarenta años.

A ese final de su carrera volveré, pero no puedo llenar satisfactoriamente los huecos de ese primer quinquenio de los cuarenta, y ya no es posible preguntarle a Hidalgo. Es probable que en esos años el Chino haya jugado en equipos de centrales azucareros, o en ligas orientales que agrupaban conjuntos patrocinados por compañías norteamericanas como la American Mining Company, la Nicaro Nickel Company y la Chrome Mining de Camagüey, que se medían contra equipos azucareros y de las fuerzas armadas. En el norte de Oriente, los potentes centrales azucareros de la United Fruit Company, como el Preston y el Jaronú, organizaban equipos con estrellas de las Ligas Independientes de Color de los Estados Unidos, que estaban al nivel de los de la Liga Cubana. El Chino pudo haber suplementado sus ingresos y continuado su carrera deportiva con esos equipos durante los inviernos y veranos de principios de los cuarenta cuando, con la Guerra Mundial en marcha, la economía cubana estaba en ascenso y la pelota cundía por todo el territorio nacional.

Debe haber sido así, porque, en 1945, ya instalado con los Rojos del Habana, Manuel Hidalgo firma contrato con los Senadores de Washington, que lo envían, junto con varios otros jugadores cubanos, al Williamsport, en Pennsylvania, de la Eastern League, de nivel clase A. El Chino fue fichado por el notorio *scout* del Washington, Joe Cambria, que había contratado a innumerables peloteros cubanos blancos, toda una cantera de talento que explotó durante décadas, a partir de principios de los treinta. No pocos alcanzaron las Grandes Ligas, como Fermín Guerra, Gilberto Torres, Roberto Estalella, Conrado Marrero y otros. Es de notar que Cambria firma a Hidalgo en 1945, dos años antes de que Jackie Robinson rompiera la barrera de color en la pelota norteamericana, lo cual hace evidente lo antes dicho sobre la especificidad del prejuicio racial en Estados Unidos; los chinos sí podían jugar, pero no los negros. Los cubanos se convirtieron en una gran promoción en el pequeño pueblo

<sup>5</sup> Daniel Gutiérrez y Efraim Álvarez: *La enciclopedia del béisbol en Venezuela*, Editorial Cárdenas Lares, Caracas, 1997, t. I, p. 144, t. II, p. 146.



de Pennsylvania, que los recibió como algo exótico, y cuyo estilo de juego, animado y entusiasta —pimentoso— llenó el parque local y los de las demás comarcas en la liga. Hubo incidentes desagradables, provocados por peloteros racistas de otras novenas, pero, en general, la acogida de los cubanos fue positiva. El Chino me dijo que su compañero de combinación de *dobleplays* era Francisco *Sojito* Gallardo, el segunda base con quien mejor se acopló en toda su carrera. En un juego, me contó, hicieron ocho *dobleplays*. Pero según James P. Quigel Jr. y Louis E. Hunsinger Jr., autores de *Gateway to the Majors: Williamsport and Minor League Baseball*, Gallardo y el receptor Rogelio Valdés regresaron a Cuba, por la añoranza de la patria y la familia, con lo cual se debilitó el equipo.<sup>6</sup> Según estos autores Hidalgo bateó 307. El Chino me dijo que, al final de la temporada, como suelen hacer los clubs de Grandes Ligas porque pueden aumentar su nómina a cuarenta, los Senadores lo llamaron al equipo de Liga Mayor, pero que él prefirió regresar a casa, de donde faltaba hacía seis meses. Esa fue una de dos oportunidades que tuvo de vestir uniforme de Grandes Ligas.

Jugó Hidalgo 135 juegos con el Williamsport. Conociendo bien las poblaciones rurales remotas de Estados Unidos (viví seis años en Ithaca, Nueva York, cuando era profesor en la Universidad de Cornell), me pregunto cómo lograron adaptarse esos jóvenes cubanos al ambiente espeso y municipal de la villa. ¿Cómo pasaban el tiempo libre? ¿Dónde hacían sus comidas? ¿Llegaban a conocer mujeres? Sin inglés, no me imagino que la vida en Williamsport, fuera del terreno de juego, haya sido muy agradable. El testimonio de otros peloteros cubanos que pasaron por experiencias similares me lo sugiere. El lanzador Orlando Peña me contó que una vez, al principio de su carrera en Estados Unidos, se pasó todo un mes a huevos con jamón porque era lo único que sabía decir en inglés. Supongo que Cambria, con su vasta experiencia en el asunto, habrá hecho arreglos para mejorar la situación de los cubanos, probablemente alojando a los jugadores en casas de huéspedes, o hasta en casas particulares, donde los alimentaban. ¿Cómo se comunicaban con Cuba? Debió haber sido por carta, de ahí el ataque de morriña que hizo que varios regresaran a la isla antes de cumplir con sus contra-

<sup>6</sup> The Pennsylvania State University Press, University Park, Pennsylvania, 2001, pp. 114-16.

tos. El Chino me dio la impresión de ser el tipo de individuo que se acomodaba a cualquier cosa, por eso su completa y exitosa campaña, pero su regreso inmediato en cuanto esta terminó también revela el efecto de su larga separación de la familia.

Hidalgo regresó a una Habana donde habría de cosechar sus más grandes éxitos en la pelota, y en la que la Liga Cubana y el béisbol cubano en general iban a sufrir una renovación radical. Dos acontecimientos estremecieron al deporte. Primero, la entrada de Cuba en el Béisbol Organizado, como se autodenominaba la pelota profesional norteamericana, con la fundación en 1946 de la Liga Internacional de la Florida, de Clase C, con una franquicia en la capital cubana —los Havana Cubans, que jugarían en el Estadio La Tropical. Segundo, la construcción del Estadio del Cerro, o Gran Estadio de La Habana, más cerca de la ciudad, con el doble de capacidad que La Tropical, más de 30 000 fanáticos. El Chino regresó al Habana, donde había jugado el año anterior, para la campaña 1945-1946, que sería la última jugada en La Tropical por la Liga Cubana, y que resultó una emocionante justa que ganó el Cienfuegos, bajo la dirección de Adolfo Luque. El Chino sólo jugó 29 juegos, pero promedió 288. Para él la prometedor novedad fue la existencia de los Havana Cubans, a los que fue designado por Cambria, que había sido el promotor tanto de la Liga Internacional de la Florida, como del equipo habanero, que formaba parte del sistema de los Senadores de Washington. Hidalgo habría de jugar seis de sus mejores temporadas con los Cubans entre 1946 y 1953 —un año, en 1948, fue ascendido al Buffalo, de Clase AAA, a un paso de las mayores, y en otro, 1952, jugó en el Saint Petersburg de la misma Liga Internacional de la Florida, que había sido promovida a clase B.

Para Hidalgo y los otros peloteros cubanos pertenecientes a los Senadores, que habían sufrido en poblaciones remotas y rurales de los Estados Unidos, como Williamsport, jugar en La Habana resultaba una fortuna extraordinaria. Cuando jugaban en casa, estaban de verdad en casa, y la otra mitad de los juegos eran en la cercana Florida, con su benigno clima y, en el caso de Tampa, una nutrida población hispana, con muchos cubanos y una larga historia de relaciones con la isla, fomentadas por la industria tabacalera. En efecto, el equipo de Tampa, con el que pronto los Cubans establecieron una productiva riva-

lidad, se llamaba los Smokers —los Fumadores de Tampa. Cambria puso en los Cubans a la crema de la liga *amateur* cubana, jugadores que estaban muy por encima de la Clase C y luego B de la Liga, que el equipo llegó a dominar. No pocos fueron los que también militaron en otros equipos de la Liga, y no sólo el Tampa. La Liga Internacional de la Florida era como una extensión de la liga *amateur* cubana, algo así como la Liga en la que se graduaban. El astuto *scout* sabía que de esa manera los jugadores podrían seguir desarrollándose en un ambiente y clima afines. De los Cubans, los mejores, como Marrero y Moreno, entre otros, subieron directamente al Washington, sin escalas previas en ligas menores de mayor calidad. Una limitación de los Cubans que no se suele considerar es que la Florida era, como estado sureño, un territorio en que prevalecía la discriminación racial, por lo que todos los jugadores cubanos que militaron con el equipo eran blancos. El Chino, que para 1946 ya andaba por sus treinta y dos años de edad, prosperó en la Liga Internacional de la Florida. En esa primera temporada, en 121 juegos y 508 veces al bate, bateó para un robusto promedio de 319, récords que le valieron ser nombrado jugador más valioso de la Liga. Y esto fue sólo el comienzo.

Pero la abundancia económica de la postguerra no podía sino crear tensiones, y cuando la Liga Cubana abrió la temporada de 1946-1947, con la que se inauguraba el Estadio del Cerro, lo hizo bajo la sombra de una profunda discordia que trajo como consecuencia la creación de una liga alterna o paralela que seguiría jugando en La Tropical, y en Santiago, porque uno de los equipos fue el Oriente. Las disputas surgieron a causa de los intentos, a veces exitosos, de Jorge Pasquel, de llevarse a México a no pocas figuras de la pelota norteamericana, inclusive estrellas del más alto nivel, ofreciéndoles salarios fabulosos para la época. Esto provocó que las Ligas Mayores suspendieran a todos los peloteros que hubiesen jugado en México, lo cual incluía a buen número de cubanos y otros latinoamericanos. La Liga Cubana, en el Cerro, abrió sus filas a todos esos peloteros, para irritación de los norteamericanos, mientras que los peloteros que querían seguir siendo fieles a las Mayores, temerosos de perder sus puestos en equipos de liga mayor y menor, fundaron la Liga de la Federación, que alistaba equipos con nombres similares a los tradicionales: en vez de Almendares, Alacranes, en vez de Habana, Leo-

nes. No pocos peloteros de gran arrastre en Cuba, como Fermín Guerra, y el propio Luque, se fueron con la Federación, la que añadió ese equipo Oriente para combatir la hegemonía absoluta de la capital. Con el Oriente firmó Conrado Marrero su primer contrato profesional cubano, y también Manuel *Chino* Hidalgo, tal vez por ser oriental. Queda claro que estos dos pilares de los Havana Cubans no querían poner en peligro su regalada situación en la Liga Internacional de la Florida.

En 38 juegos y 163 veces al bate con el Oriente, el Chino bateó para un saludable 294, pero la Liga de la Federación se fue desmoronando y, algunos de sus jugadores pasaron a la Cubana, como sucedió con Marrero, en enero de 1947. Mientras tanto, en el Cerro, la campaña llegó a convertirse en una desesperada lucha entre Habana y Almendares, con los Azules alcanzando al Habana en las últimas dos semanas, cuando los Rojos habían ido a la delantera durante casi toda la temporada, sostenidos por el efectivo picheo de *Cocaína* García. Al final, los Alacranes se impusieron con la labor de dos lanzadores zurdos que habían jugado en México, el cubano Agapito Mayor y el norteamericano Max Lanier. Lanier los puso a tiro, y Mayor los llevó al empate, con el juego decisivo al día siguiente. Lanier se comprometió a lanzar con un día de descanso, aceptando una jugosa oferta, y derrotó al Habana en el juego más memorable en toda la historia de la pelota cubana. También aplastó a la Liga de la Federación, cuyos integrantes muy probablemente se encontraban entre la multitud que rebasó la capacidad del Gran Estadio de La Habana. Irónicamente, Lanier jugaría en La Tropical al año siguiente, 1947-1948, con los Alacranes de la Federación, una vez que la Liga Cubana aceptó las sanciones del Béisbol Organizado y, con estas, la suspensión de los peloteros castigados por las Mayores, entre ellos muchos peloteros cubanos de enorme popularidad, como Agapito Mayor y Roberto Ortiz. Estos, y americanos como Lanier, tuvieron que irse a la liga paralela y de menor popularidad y sustancia económica. El Chino podía regresar al Cerro, con hoja de servicios limpia y gran carrera en el Béisbol Organizado con los Havana Cubans.

Ese verano de 1947 Hidalgo tuvo una de sus mejores temporadas en el béisbol profesional. En 150 juegos con los Cubans bateó 320, y hasta conectó 7 jonrones. Pero lo más impresionante fueron sus 200 *hits*, líder en ese departamento, y el haber sido nom-

brado por segunda vez jugador más valioso de la Liga. En el invierno de 1947-1948 volvió al Habana, ahora en el Cerro, y bateó solo 218 en 78 juegos, la temporada completa. Pienso que influyó la fatiga en ese promedio: el Chino jugó 218 juegos entre el verano y el invierno, pero esta puede haber sido la temporada en que, según me contó, arrolló con su auto a un moreno en Oriente, que le echó un ebbó que lo hizo jugar mal por un tiempo considerable. No me dijo el año preciso, pero sospecho que fue este. En todo caso, con su espléndida temporada con los Cubans, los Senadores decidieron subirlo en 1948 al Buffalo, de la Liga Internacional, nivel Clase AAA. Pero en 69 juegos con esa novena solo compiló un promedio de 192, aunque Hidalgo me dijo que una vez que querían ascenderlo lo hicieron ir al entrenamiento primaveral en Chattanooga, que estaba en una clasificación superior, pero que en uno de los juegos de práctica se lesionó un tobillo deslizándose en tercera. Era la segunda vez que estaba cerca de vestir franela de Grandes Ligas.

Se recuperó ese invierno con el Habana, bateando 318 en la temporada 1948-1949, en la que jugó segunda base. En la fotografía de ese equipo que aquí incluyo, y que no sé cómo llegó a mis manos, vemos al Chino en la primera fila, el tercero de derecha a izquierda, con su atractiva sonrisa. El equipo era un trabuco, con Formental en la segunda fila, primero a la izquierda, y estrellas de las Ligas Independientes de Color en la fila superior, de izquierda a derecha el primero Henry Kimbro, el tercero Henry *Ametralladora* Thompson, el sexto Lennox Pearson y el penúltimo Rufus Lewis. El mánager y dueño de los Leones, Miguel Ángel González, está en el centro de la fila del medio, sexto de izquierda a derecha. Esta era una novena de nivel de Grandes Ligas, pero no ganó el campeonato, que se lo llevaron los Alacranes del Almendares, también con un equipo formidable, y que ganó la primera Serie del Caribe, celebrada en La Habana, contra los ganadores de las ligas de Venezuela, Panamá y Puerto Rico. Al Chino le tocaría jugar en dos más adelante, cuando el Habana se coronó campeón. Hay que tener presente que en 1948-1949 el Chino ya contaba con 34 o 35 años de edad. Fue su mejor temporada en la Liga Cubana, pero todavía le quedaba cuerda para más.

Las siguientes dos temporadas de la Liga Cubana fueron batallas entre el Habana y el Almendares. Los Azules volvieron a

ganar en la de 1949-1950, pero el Habana se impuso en la siguiente tras un juego extra para decidir el campeonato, que fue ganado por el popular lanzador Adrián Zabala. Veteranos cuyas carreras se remontaban a los años treinta brillaron en esos años. Silvio García, quien jugó tercera para el Cienfuegos en 1950-1951, y a ya avanzada edad, ganó el campeonato de bateo con astronómico promedio de 347; Roberto Estalella, con el Marianao, botó la bola 12 veces en la temporada anterior; y el adorado almendarista Roberto Ortiz lo hizo 15 veces en 1949 para empatar por el liderato con el jardinero de los Rojos Don Lenhart. Marrero seguía brillando en la lomita, con espectaculares promedios de efectividad, y decanos de las ligas independientes de color, como Lennox Pearson, del Habana, se llevaba la corona de las impulsadas. El Habana trajo al as de la bola de nudillos, Hoyt Wilhelm, que dominó a no pocos bateadores y encontró en Gilberto *Chino* Valdivia al mejor receptor que jamás tuvo para lidiar con el elusivo lanzamiento. El *Chino* Hidalgo se había establecido en el campocorto de los Leones, bateando 253 en 1949-1950, y sufriendo un bajón a 209 en la temporada siguiente. La victoria del Habana en 1951 fue sin duda lo que me confirmó como habanista a mis ocho años. Los nombres de los peloteros de ese equipo todavía resuenan en mi memoria.

Estos años de la Liga Cubana fueron brillantes, con la estu-penda actuación de tantas estrellas establecidas del pasado, cubanas y americanas, sobre todo peloteros de color, que se batían de igual a igual con jóvenes que surgían del *amateurismo* y otras canteras como la *semipro* y las ligas de los centrales. Manuel Hidalgo estaba a la altura de las circunstancias, y sin duda disfrutando del prestigio de jugar en el Gran Estadio de La Habana, que se vestía de gala no sólo para los doble juegos de los domingos, en que los cuatro equipos participaban (el segundo turno reservado para el duelo entre los Eternos Rivales de Habana y Almendares), sino sobre todo para los juegos de noche, que formaban parte de la rica oferta de entretenimiento nocturno que la capital cubana brindaba. No era raro encontrar en los palcos estrellas de la farándula que más tarde iban a trabajar en los diversos night clubs; no pocos de esos artistas, si eran negros, eran amigos de los peloteros norteamericanos de color. Pero también se podía ver a la Sonora Matancera, la popularísima orquesta, cuyos músicos también eran conocidos de pelote-

ros cubanos como Pedro Formental, que gravitaba hacia ellos. El Estadio en sí era un punto gastronómico, con succulentos panes con lechón que ofrecían vendedores ambulantes afuera, y en cantinas dentro del parque, que por supuesto despachaban cervezas. En el Estadio se respiraba el olor de todo eso, pero sobre todo del café, que vendían individuos cargando grandes termos, y de los magníficos tabacos que muchos saboreaban. A esto se sumaba la gritería de las apuestas, que hacían abiertamente apostadores que se paseaban entre el público proclamando los términos que ofrecían sobre el resultado del juego, o hasta de una jugada. En esa época, cada juego de la Liga Cubana era una fiesta.

Con los Cubans, que seguían ganando y atrayendo público al Estadio en el verano (nunca tanto como la Liga Cubana), el Chino siguió su magnífica carrera. En 1949 fue líder en juegos jugados en el equipo, con 146; en jonrones, con 12, y terminó con promedio de 312. En 1950 volvió a batear para 312, en 150 juegos, y volvió a ser nombrado jugador más valioso. Con el Habana fue a la Serie del Caribe de 1951 en Caracas, que ganaron los Leones, y a la de 1952, que también ganaron los Rojos, en Panamá. En ninguna de las dos jugó mucho el Chino. En 1952 habían contratado al recio bateador Lou Klein para jugar el campocorto, y en 1951 le habían encomendado la posición al veterano Gilberto Torres. La producción de Hidalgo en la Liga Cubana estaba en declive, por lo que en 1952-1953 se fue a Venezuela, donde jugó en el *team* Venezuela cuyo mánager era Reinaldo Cordeiro, como ya dije. Bateó para un decente promedio de 260 en 59 juegos. Mientras tanto, su labor con los Cubans también decayó. En 1951 jugó en el Portsmouth de la Piedmond League, y, de vuelta a la Liga Internacional de la Florida, en 1952, jugó con el San Petersburgo. Volvió a los Cubans en 1953 y 1954, pero jugó poco, y hasta participó en algunos juegos con el Tampa, pero ya su carrera iba de capa caída: el Chino tenía cuarenta años. Fue entonces que jugó también en Yucatán, en una liga independiente. En 1953-1954 pasó al Cienfuegos, con el que también jugó en el 1954-1955; se ve, por el número de juegos, que de suplente, pero no bateó mal. Fue por ese entonces que jugó temporadas de invierno con el Balboa, en Panamá, y el Licey, en la República Dominicana. El Chino me contó que en Panamá también participó en juegos indepen-

dientes en la Zona del Canal, con equipos que le pagaban algo. Según mis cálculos, Manuel *Chino* Hidalgo participó en más de 2 000 juegos de béisbol profesional.

Era el final de una carrera que, si bien no fue brillante a los más altos niveles, fue sólida en términos de lo que Ose le ofrecía a un jugador cubano desde fines de los años treinta hasta fines de los cincuenta. Jugó con los mejores y se desempeñó airoosamente. En la Liga Cubana se enfrentó a lanzadores de Grandes Ligas, y a otros que habían jugado en las mejores ligas independientes de color; jugó con y contra los mejores peloteros cubanos. Actuó ante multitudes de más de 30 000 personas en el Gran Estadio de La Habana, y en La Tropical ante más de 15 000 fanáticos. Gozó de reconocimiento y hasta de alguna fama en toda Cuba, dado el auge de la radio y luego la televisión. Todo el mundo sabía quién era el *Chino* Hidalgo. Alimentó a su familia, que lo cuidaba con cariño, esmero y veneración, en la modesta casa de Miami donde fui a conocerlo. Fue para mí un encuentro conmovedor, y una deuda resarcida por este viejo habanista que lo recuerda de sus mejores años y logró apreciarlo por unas horas casi al final de su vida.







